

## Capítulo 1

### EL MUNDO DE DAVID

#### EL PRIMER REY: LOS CANANEOS

Cuando David conquistó la ciudadela de Sión, Jerusalén ya era antigua, aunque apenas un poblado, poco más que un pequeño baluarte de montaña en una tierra que tendría muchos nombres: Canaán, Judá, Judea, Israel, Palestina, Tierra Santa para los cristianos y Tierra prometida para los judíos. Un territorio de poco más de 160 por 240 kilómetros, situado entre el extremo sureste del Mediterráneo y el río Jordán y cuya exuberante llanura costera ofrecía a invasores y comerciantes la mejor ruta entre Egipto y los imperios de Oriente. La aislada y remota ciudad de Jerusalén, a unos cincuenta kilómetros de la costa más cercana, alejada de cualquier ruta comercial, se alzaba entre la desolación rocosa y dorada de los precipicios, quebradas y pedregales de las colinas de Judea, expuesta a los gélidos inviernos, en ocasiones nevados, y a los abrasadores veranos. No obstante, las inhóspitas colinas ofrecían seguridad y el manantial en el valle bajo la ciudad bastaba para mantener a una pequeña población.

La romántica imagen de la ciudad de David es mucho más realista que cualquier hecho histórico verificable. En las brumas de la prehistoria de Jerusalén, los fragmentos de cerámica, las fantasmagóricas tumbas cavadas en la roca, las secciones de muralla, las inscripciones en palacios de reyes remotos y la literatura sagrada de la Biblia apenas nos dejan percibir fugaces destellos de vida humana en esa impenetrable penumbra, separados por cientos de años. Los esporádicos indicios que aparecen de vez en cuando arrojan una luz incierta sobre algunos momentos aleatorios de una civilización desaparecida a la que siguieron siglos de vida de la que no sabemos nada, hasta que el siguiente destello ilumina otra imagen. Sólo

los manantiales, las montañas y los valles permanecen igual, pese a haber sido reconducidos, reesculpidos y rellenados por milenios de meteorología, escombros y esfuerzos humanos. De algo, poco o mucho, estamos seguros: en tiempos del rey David, la santidad, la seguridad y la naturaleza se habían unido para hacer de Jerusalén un antiguo baluarte que se consideraba inexpugnable.

La población ya se había asentado en aquel lugar en el año 5000 a. C. A principios de la Edad del Bronce, alrededor de 3200 a. C., cuando la madre de las ciudades, Uruk, en lo que más tarde sería Iraq, ya albergaba cuarenta mil habitantes, la cercana Jericó era una ciudad fortificada, los habitantes de la zona ya enterraban a sus muertos en tumbas en las colinas de Jerusalén, y empezaban a construir las primeras pequeñas casas cuadradas en lo que probablemente fuera un pueblo amurallado sobre una colina bajo la cual fluía un manantial. Ese pequeño pueblo sería más tarde abandonado durante muchos años. En la época en la que los faraones del Reino Antiguo alcanzaban el cénit de su técnica de construcción de pirámides y terminaban la Gran Esfinge, Jerusalén apenas existía. Entonces, alrededor de 1900 a. C., cuando la civilización minoica florecía en Creta, el rey Hammurabi estaba a punto de compilar su código legal en Babilonia y los britanos celebraban su culto en Stonehenge, algunos fragmentos de cerámica descubiertos cerca de Luxor en Egipto mencionan una ciudad llamada Ursalim, una versión de Salem o Shalem, el dios del lucero del alba. Es posible que el nombre signifique «Salem ha fundado».\*

Regresemos a Jerusalén. Alrededor del manantial de Gihon surgió un asentamiento: los habitantes cananeos abrieron un canal a través de la roca que llevaba a un aljibe situado en el interior de las murallas de su ciudadela. Un paso subterráneo fortificado protegía su acceso al agua. Las últimas excavaciones arqueológicas en la zona han permitido descubrir que una torre y una espesa muralla de siete metros de grosor construida con piedras de tres toneladas custodiaban el manantial. La torre podría haber sido utilizada como templo en el que celebrar la santidad cósmica

\* En esa época, los faraones egipcios aspiraban a gobernar Canaán, pero no está claro si realmente lo lograron. Es posible que utilizaran estos símbolos cerámicos para lanzar una maldición sobre los monarcas enemigos que les desafiaban, o para expresar sus aspiraciones. Las teorías sobre estos fragmentos han sido modificadas varias veces, lo que demuestra que la arqueología es igual de interpretativa que científica. Durante mucho tiempo se creyó que los egipcios habían roto estas vasijas o imágenes para lanzar una maldición o para execrar los lugares que se nombraban en ellos, por eso se les conoce con el nombre de Textos de Execración.

del manantial. También en otros lugares de Canaán, los reyes-sacerdote construyeron templos-torre fortificados. Algo más alto en la colina se han descubierto restos de una muralla, los más antiguos de la ciudad en Jerusalén. Los cananeos resultaron ser unos constructores a una escala mucho más impresionante que cualquier otro pueblo en Jerusalén hasta Herodes el Grande, casi dos mil años más tarde.<sup>1</sup>

En el año 1458 a. C. Egipto conquistó Palestina y los jerosolimitanos se convirtieron en súbditos del faraón. Las guarniciones egipcias custodiaban las cercanas Jaffa y Gaza. En 1350 a. C., el aterrado rey de Jerusalén le suplicó a su señor, Ajenatón, el faraón del Reino Nuevo de Egipto, que le enviara algo de ayuda, aunque sólo fueran «cincuenta arqueros», para defender su pequeño reino de la agresión de los reyes vecinos y de las bandas de malhechores que merodeaban por la zona. El rey Abdi-Hepa llamó a su ciudadela «la capital de la tierra de Jerusalén cuyo nombre es Beit Shulmani», la Casa del Bienestar. Tal vez la palabra «shulman» sea el origen del «Shalem» en el nombre de la ciudad.

Abdi-Hepa era un potentado de escasa importancia en un mundo dominado por los egipcios en el sur, por los hititas en el norte (en la actual Turquía) y, en el noroeste, por los griegos micénicos, los mismos que librarían la guerra de Troya. El nombre de pila del rey es semítico occidental (los semitas eran los numerosos pueblos y lenguas de Oriente Medio, supuestamente descendientes de Sem, hijo de Noé). En consecuencia, Abdi-Hepa podría haber sido originario de cualquier lugar del Mediterráneo nororiental. Sus súplicas, descubiertas en los archivos del faraón, son las primeras palabras conocidas de un jerosolimitano,\* aduladoras y presa del pánico:

A los pies del rey he caído 7 más 7 veces. Éstas son las acciones que Milkily y Shuwardatu han llevado a cabo contra la tierra: han conducido las tro-

\* Éstas son algunas de las 380 cartas, escritas en babilonio sobre tablillas de arcilla cocida, que los reyezuelos locales enviaron al faraón hereje Amenhotep IV (1352-1336), quien instituyó la adoración al Sol en lugar de al tradicional panteón de dioses egipcios y se cambió el nombre por el de Ajenatón. El real archivo de su Ministerio de Asuntos Exteriores, la oficina de la correspondencia del faraón, fue descubierto en 1887 en su capital Ajenatón, ahora Tell el-Amarna, al sur de El Cairo. Una teoría postula que los *habiru* podrían ser los israelitas o hebreos primitivos, aunque la palabra, en esta época, aparece en realidad por todo Oriente Medio para describir a esos maleantes: el término simplemente significa «vagabundo» en babilonio. Es posible que los hebreos descendieran de un pequeño grupo de *habiru*.

pas de Gezer ... contra la ley del rey ... los *habiru* se han apropiado de la tierra del rey. Y ahora, una ciudad que pertenece a Jerusalén, ha caído en manos de los hombres de Qiltu. Tenga el rey la bondad de escuchar a su servidor Abdi-Hepa y de enviarle arqueros.

No sabemos nada más, pero fuera lo que fuera lo que le ocurriera a ese atormentado rey, apenas un siglo más tarde los jerosolimitanos construyeron las escarpadas estructuras en terraza sobre el manantial de Gihon en la colina de Ophel que han llegado hasta nuestros días, los cimientos de una ciudadela o templo de Salem.<sup>2</sup> Estas poderosas murallas, torres y terrazas formaban parte de la ciudadela cananea conocida como Sión que David conquistaría. En algún momento durante el siglo XIII a. C., un pueblo conocido con el nombre de jebuseos ocupó Jerusalén, aunque en aquella época el antiguo mundo mediterráneo estaba siendo desgarrado por las oleadas de los llamados «pueblos del mar» procedentes del Egeo.

En el transcurso de esa furiosa oleada de incursiones y migraciones, los imperios retrocedieron: los hititas cayeron, Micenas fue misteriosamente destruida, en Egipto se vivieron grandes turbulencias, y un pueblo que respondía al nombre de «hebreos» hizo su primera aparición.

#### ABRAHAM EN JERUSALÉN: ISRAELITAS

Esta nueva «edad oscura» que se prolongó tres siglos, permitió que los judíos, también llamados israelitas, un pueblo poco conocido que adoraba a un único Dios, se asentaran y construyeran un reino en la estrecha franja de tierra de Canaán. Las historias que narran la creación de la tierra, sus orígenes y la relación con su Dios arrojan luz sobre su progreso. Los israelitas transmitieron esas tradiciones que quedarían luego escritas en los textos sagrados hebreos, más tarde reunidos en los cinco libros de Moisés y el Pentateuco, la primera sección de las escrituras judías, el *Tanakh*. Y aunque la Biblia se convirtiera en el libro de los libros, no es un documento, sino más bien una biblioteca mística de textos entrelazados redactados por autores desconocidos, que los escribieron y revisaron en diferentes momentos y con objetivos muy diferentes.

Este trabajo sagrado de tantas épocas y obra de tantos autores contiene algunos hechos históricos demostrables, algunas narraciones de mitos improbables, algo de poesía de inmensa belleza, y muchos pasajes de ininteligible, tal vez codificado, tal vez sencillamente mal traducido, misterio.

El propósito de la mayor parte del libro no es el de relatar acontecimientos, sino el de fomentar una verdad superior, la relación entre un pueblo y su Dios. Para el creyente, la Biblia es, sencillamente, el fruto de la revelación divina. Para el historiador, es contradictoria, poco fiable y repetitiva,\* pese a lo cual, constituye una fuente de un valor inestimable porque, a menudo, es la única de la que disponemos y, de hecho, también es la primera y fundamental biografía de Jerusalén.

Según el Génesis, el primer libro de la Biblia, el patriarca fundador de los hebreos fue Abram. El Génesis describe su viaje desde Ur (en el actual Iraq) hasta Hebrón, en Canaán, donde se asentaría en la tierra que Dios, antes de cambiarle el nombre por el de Abraham, «padre de una multitud de naciones», le había prometido. En el transcurso de su viaje, Abraham fue recibido por el rey-sacerdote de Salem, Melquisedec, en nombre de El-Elion, el Altísimo, la primera ocasión en la que la Biblia menciona Jerusalén y un hecho que parece indicar que Jerusalén ya era un santuario cananeo gobernado por reyes-sacerdote. Más tarde, Dios pondría a prueba a Abraham ordenándole que sacrificara a su hijo Isaac en una montaña en la «región de Moria», identificada como el monte Moria, el monte del Templo de Jerusalén.

El deshonesto nieto de Abraham, Jacob, utilizó el engaño para asegurarse su herencia, pero se redimió en una lucha a brazo partido contra un extranjero que resultó ser Dios, de ahí su nuevo nombre, Israel, «el que ha luchado con Dios». Ése fue el conveniente nacimiento del pueblo judío, que mantendría una relación con Dios tan apasionada y atormentada. Israel fue el padre de los fundadores de las doce tribus que emigrarían a Egipto. Son tantas las contradicciones en las historias de los patriarcas que resulta imposible fecharlas históricamente.

Cuatrocientos treinta años más tarde, el libro del Éxodo nos presenta a los israelitas, víctimas de la represión y de la esclavitud y construyendo las ciudades de los faraones. El libro narra su milagrosa huida con la ayuda de Dios (ocasión que todavía celebran los judíos con la festividad de

\* La creación aparece dos veces en Génesis 1,1 a 2,3 y 2,4 a 2,5. Se relatan dos genealogías de Adán, dos historias del diluvio universal, dos conquistas de Jerusalén, dos veces la ocasión en la que Dios le cambia el nombre a Jacob por el de Israel. La Biblia contiene muchos anacronismos, por ejemplo, la presencia de filisteos y arameos en el Génesis en una época en la que éstos todavía no habían llegado a Canaán. Los camellos como bestias de carga aparecen demasiado temprano. Los investigadores creen que los primeros libros de la Biblia fueron escritos por dos grupos diferentes de autores, uno que hacía hincapié en El, el dios cananeo, y otro que insistía en Yavé, el Dios único israelita.

Pésaj, la Pascua judía) y conducidos por un príncipe hebreo llamado Moisés. Mientras deambulaban por el Sinaí, Dios le entregó a Moisés las Tablas de la Ley con los Diez Mandamientos y les prometió a los israelitas la tierra de Canaán a condición de que vivieran y le rindieran culto según dichas leyes. Cuando Moisés intentó averiguar la naturaleza de este dios preguntándole «¿cuál es tu nombre?», recibió la majestuosa respuesta, «YO SOY EL QUE SOY», un Dios sin nombre, vertido al hebreo con las iniciales YHWH, Yavé o, según la incorrecta pronunciación de los cristianos más tarde, Jehová.\*

Muchos semitas se asentaron en Egipto; Ramsés II el Grande fue probablemente el faraón que obligó a los hebreos a trabajar en sus ciudades-almacén; el nombre de Moisés era egipcio, lo que, como mínimo, sugiere que era originario de allí; y no hay ninguna razón para dudar de que el primer líder carismático de las religiones monoteístas, Moisés, o alguien como él, recibiera la revelación divina, porque así es como nacen las religiones. La historia de un pueblo semítico que huyó de la represión es verosímil, aunque desafía cualquier intento de datación.

Moisés vislumbró la Tierra prometida desde el monte Nebo, pero murió antes de poder llegar a ella. Sería su sucesor, Josué, quien condujera a los israelitas hasta Canaán. La Biblia describe su viaje como el sangriento avance de una masa desbocada, y también como un proceso de asentamiento gradual. Las investigaciones arqueológicas no han hallado ninguna prueba que confirme la hipótesis de la conquista, pero sí algunas de que los colonos-pastores encontraron muchas poblaciones sin fortificar en las tierras altas de Judea.\*\* Es posible que entre ellos viajara un pequeño grupo de israelitas huidos de Egipto, todos unidos por la veneración a su Dios,

\* Cuando el Templo se alzaba en Jerusalén, únicamente el sumo sacerdote, una vez al año, podía pronunciar el anagrama de cuatro letras YHWH, y los judíos, todavía hoy, tienen prohibido pronunciarlo, por lo que prefieren utilizar Adonai (Señor), o sólo Hashem (el Nombre impronunciable).

\*\* La invasión israelita de Canaán constituye un campo de batalla de complejas teorías, en general no demostradas. Sin embargo, parece que el asalto a Jericó, cuyas murallas se derrumbaron al sonido de las trompetas de Josué, es un mito: Jericó era más antigua que Jerusalén. (En el año 2010, la Autoridad Palestina celebró su 10.000 aniversario, aunque la fecha es aleatoria.) Resulta difícil aceptar literalmente la hipótesis de la conquista puesto que los combates (según se describen en el libro de Josué) se solían librar en una zona muy pequeña. En el libro de los Jueces, Betel, cerca de Jerusalén, es una de las pocas ciudades conquistadas que fue realmente destruida en el siglo XIII. Es muy posible que los israelitas fueran mucho más pacíficos y tolerantes de lo que ellos mismos afirmaron.

Yavé, a quien rendían culto en un templo que transportaban con ellos, un tabernáculo que albergaba el arca sagrada de madera conocida como el Arca de la Alianza. Tal vez los relatos que narran las historias de los patriarcas fundadores modelaran la identidad de los israelitas. Muchas de esas tradiciones, desde Adán y el Jardín del Paraíso hasta Abraham serían más tarde veneradas no sólo por los judíos, sino también por los cristianos y los musulmanes, y dichas narraciones se situarían en Jerusalén.

Los israelitas se encontraban ahora, por primera vez, muy cerca de la ciudad.

